

*LA COMPOSICIÓN DE UNA REGIÓN CARACTERIZADA POR LA
VIOLENCIA: CHIMALHUACÁN, ESTADO DE MÉXICO, DE FRAN-
CISCO CALZADA LEMUS, MARÍA ELENA FIGUEROA DÍAZ Y
AURORA ZAVALA CAUDILLO*

Ricardo López Santillán¹

Ecatepec, Nezahualcóyotl y Chimalhuacán, los tres en el Estado de México, de acuerdo a información oficial, están entre los municipios más inseguros y violentos del país. Sobre el último de estos, trata el texto que aquí reseño. Normalmente no uso analogías y menos de índole religiosa, pero si se me permite en esta ocasión, de existir la antesala del purgatorio, debemos suponer que se parece mucho a vivir toda una vida en las zonas pobres de Chimalhuacán.

Los resultados de investigación que nos ofrecen Calzada, Figueroa y Zavala son un análisis basado en datos oficiales, bibliográficos y de campo; éstos últimos, principalmente cualitativos, entre los que destacan, a mi parecer, los fuertes y a menudo dolorosos testimonios de las personas jóvenes que fueron entrevistadas para este propósito. Esta juventud que fungió como sujeto de estudio, se encuentra en un rango de edad de entre 15 y 29 años. Las mujeres y hombres jóvenes, fueron encuestados, y en menor número, fueron entrevistados a profundidad; también participaron en grupos focales, en conversaciones informales y se les invitó a que realizaran mapas conceptuales y cartografías sociales. Digamos que, en resumidas cuentas, en esta obra se presenta una mezcla muy sólida de

¹ Doctor en Sociología por la Université de la Sorbonne Nouvelle-Paris III. Investigador titular "B" en el Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales de la UNAM, en Mérida, Yucatán. Líneas de investigación: clases sociales y espacio urbano. Correo electrónico: lopezsantillan@cephcis.unam.mx

datos objetivos que sirven de contexto para entender la subjetividad de las personas jóvenes de Chimalhuacán.

El andamiaje conceptual de este libro emplea como fundamento la teoría de las representaciones sociales, principalmente desde la mirada de la psicología social, pero también desde la mirada de otros autores identificados como sociólogos. Calzada, Figueroa y Zavala, siguiendo postulados de Wieviorka, plantean cómo la violencia es un impedimento para que el sujeto se convierta en actor (capaz de cambiar su propia realidad) y vemos, más adelante, con datos empíricos, que efectivamente los jóvenes de Chimalhuacán difícilmente pueden remontar ese determinismo. Esto se debe, en buena medida, no a su falta de ganas, sino a las pocas oportunidades que tienen.

A nivel teórico, esta investigación pone el énfasis en los postulados que asumen que las creencias, valores, opiniones construyen el sentido común y eso determina la manera en cómo piensan y actúan las personas. A partir de ahí, se particulariza en lo relativo a las representaciones sociales sobre la violencia, fundamentalmente en dos versiones: la institucional y la comunitaria. También se abordan los conceptos de juventud para definir al grupo analizado y se explicitan los estigmas que pesan sobre este grupo etario. Por cierto, debo mencionar que, en esta antesala del purgatorio que se describe en el libro, el verdadero infierno lo viven las mujeres, las principales víctimas de las violencias de todo tipo.

El texto cuenta con un generoso apartado contextual en el que, en primera instancia, se hace un recorrido por la historia de Chimalhuacán, desde que era un señorío prehispánico, hasta la actualidad. Se trata de una especie de microhistoria, con cierto detalle, que permite entender cómo una tierra de pasado glorioso, al lado del lago de Texcoco, fue conquistada y cuyos pobladores originarios fueron despojados de sus tierras. Lo más importante para el propósito del libro es lo que acontece en la segunda mitad del siglo xx, que coincide con varias formas de violencia institucional que luego desatarían y harían endémica la violencia social.

Las preguntas que uno se hace con la lectura de este libro son estrujantes; destaco una: ¿por qué Chimalhuacán siendo tan rico en recursos, paradójicamente, reproduce la pobreza de muchos de sus habitantes? En el texto está la respuesta, pero adelanto: este paso de rural a urbano fue brutal con la naturaleza, pero más aún con la gente. Hay que decirlo, no en todo Chimalhuacán. La parte Centro sigue siendo pintoresca y las zonas poniente y norte tienen fraccionamientos con una calidad de vida aceptable.

Lo contrario se vive en el bajo Chimalhuacán y en los asentamientos que se encuentran en las partes altas del cerro del Chimalhuache, de manera más específica en su cara sur. Aquí no profundizaré demasiado, por ello remito al libro. En él se hace una descripción de pasado y presente, acompañado de una caracterización sociodemográfica, poniendo el énfasis en los jóvenes y sus problemas. Hay datos tanto del municipio (fundamentalmente en lo que respecta a equipamiento público, grado de urbanización y niveles de pobreza), así como de los jóvenes que ahí habitan (su estado civil, tipo de empleo, nivel de escolaridad y del aspecto central del texto: la violencia de la que son víctimas).

Hace alrededor de seis décadas, hubo quienes quisieron hacer jugosos negocios con las tierras de esta zona, otrora ejidal, que prodigaba riqueza natural y paisajística, entre la que se destacaban árboles frutales, aves, hortalizas, pescado y otros alimentos a disposición de sus pobladores. En aquellos tiempos no se podía vender ni comprar tierra ejidal, pero se podía poblar, aunque fuera de forma irregular o informal, por no decir ilegal. Estos espacios del Estado de México, en la frontera oriente de la capital del país, fueron receptáculo de pobres, algunos inmigrantes del interior del país, otros de las colonias populares del Distrito Federal. Urbanizar y dotar de servicios públicos era una asignatura pendiente y la manera más rápida de conseguirlo era a través del clientelismo político. Para el caso que refiere el texto, fue mediante la presión/gestión de Antorcha Campesina, un oscuro actor principal en este escenario de corrupción y violencia generalizada que a cambio de sumar clientela para mítines o votos (a favor del partido que durante décadas fue dueño del gobierno y de las voluntades), promovió la cultura de la ocupación de suelo no propicio para vivienda. “Somos pobres, pero con casa”, fue la fantasía que alimentaron los antorchistas, aunque la vivienda estuviera mal construida, con materiales de baja o nula calidad, muy distante del abasto y del empleo, inconexa, sin suelo servido y cuya propiedad carecía de certeza jurídica.

En los siguientes capítulos, el libro entra en la parte central de su argumento y muestra lo más impactante de la evidencia empírica que lo sustenta. Los datos son abrumadores: vivimos en un país violento, el Estado de México es muy violento y Chimalhuacán reproduce ese escenario. Ingobernabilidad, drogadicción, robos, lesiones, violaciones, incluso asesinatos (incluidos los feminicidios). De lo único que se salva Chimalhuacán, al parecer, es de la delincuencia organizada de amplio espectro, aunque siempre está presente la sombra de un clientelismo amenazante, pero al

que al menos se le reconoce cierto éxito en el logro de lo que era un deber del gobierno: alumbrado público, drenaje, calles asfaltadas, construcción de mercados públicos. El siguiente apartado condensa los testimonios más impactantes; parte de las entrevistas y de la encuesta realizada. La intención, además de darle voz a los actores, es proyectar y orientar, a través de las propias necesidades de los sujetos, las políticas públicas y los programas específicos que abonen a una convivencia social más armónica y con menores niveles de violencia, a la cual la consideran un aspecto indeseado pero insoslayable de su cotidianidad y a la que relacionan, en primera instancia, con la pobreza.

Este libro presenta una historia triste, fácil de entender, pero difícil de procesar, en palabras de los propios autores, la de los “proyectos de vida diluidos por las precariedades y la violencia”. El texto es una fotografía de lo que acontece con la juventud pobre de este país, pero también la de sus ancestros: aquellas personas que, por los bajos precios o por las negociaciones clientelares (o ambas), hicieron sus casas en un suelo poco propicio para tal efecto. Además, por la falta de oportunidades, por circunstancias personales y estructurales, se integraron como víctimas o victimarios en esta espiral de violencia que caracteriza al México del siglo XXI. En el país y en Chimalhuacán, el panorama es sombrío. Quizá la parte luminosa sea el interés de los científicos sociales, más específicamente, las personas encargadas del trabajo social, capaces de proponer las salidas al laberinto de la pobreza y la violencia que aqueja a un buen porcentaje de los habitantes del Valle de México. Si no fuera por libros como el que aquí reseño, y desde luego, por el trabajo de gente como sus autores, quienes además de diagnosticar y analizar un problema, proponen un plan de intervención, no habría mucha esperanza para la mejora en las condiciones de existencia y de bienestar de amplios sectores de la población mexicana a los cuales les tocó vivir realidades tan adversas.

Bibliografía

Francisco Calzada Lemus, María Elena Figueroa Díaz, Aurora Zavala Caudillo. 2020. *La composición de una región caracterizada por la violencia: Chimalhuacán*, Estado de México, México: UNAM-Escuela Nacional de Trabajo Social.